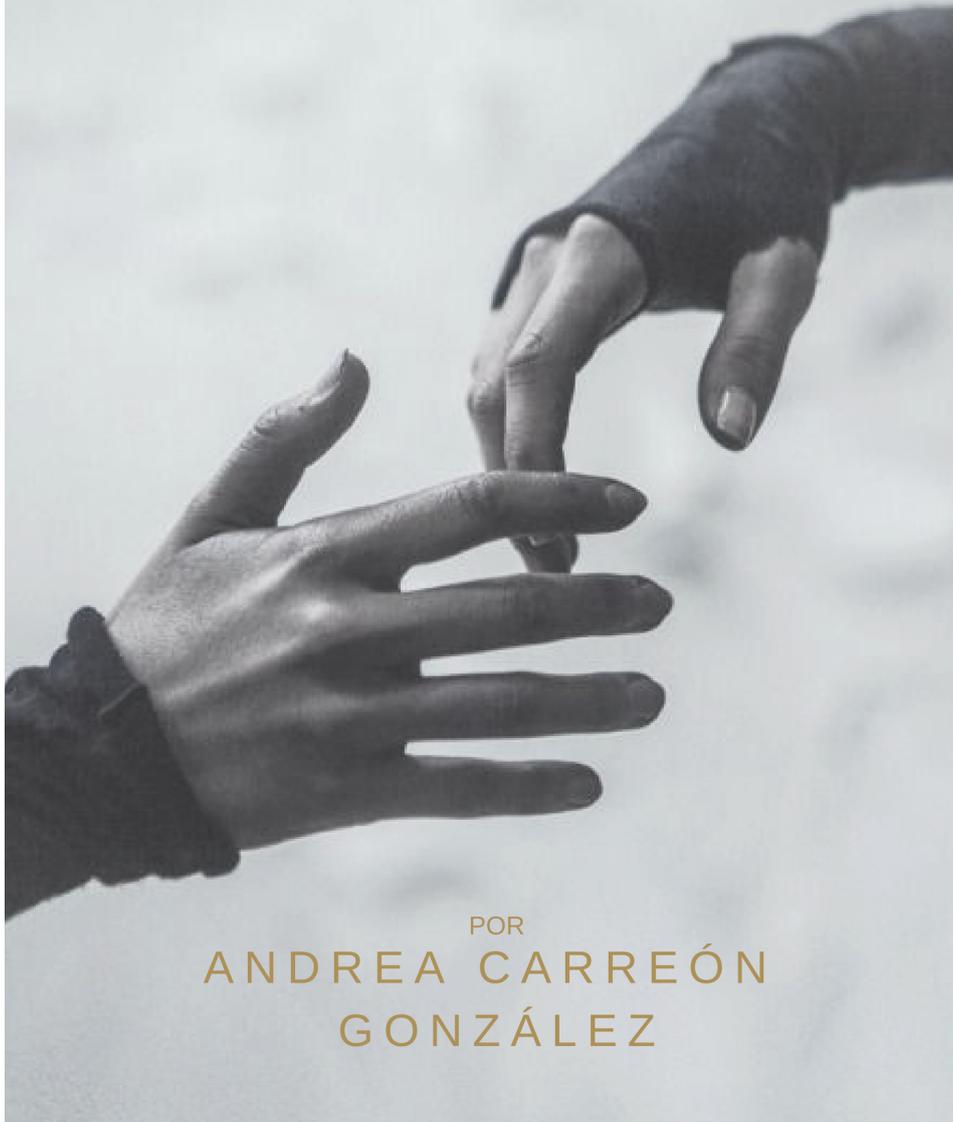


Asincronía

Andrea Carreón González

INSPIRADA EN HECHOS REALES

Asincronía



POR

ANDREA CARREÓN
GONZÁLEZ

Capítulo 1

Habían pasado ya tres años desde mi divorcio cuando Luisa me dijo que me quería presentar a un amigo. "Ya es tiempo, Eleonora" me insistió como si fuera mi responsabilidad volver a verme con alguien. "Yo ya no quiero saber nada" le dije con desánimo. Me recalcó que a mi hija le hacía falta un padre y yo le respondí que ya tenía uno.

Por si fuera poco, Rosita estaba de acuerdo. Las tenía a las dos en mi contra y bien sabía que no se detendrían hasta que cediera, así que decidí darles el gusto de no cerrarme por completo a las posibilidades. "A ver, enséñamelo" le dije a mi hermana, poniéndola contenta. Sacó de volada su teléfono y se puso a buscar entre sus amistades de Facebook hasta que encontró el perfil que buscaba y me puso la pantalla frente a la nariz. "Es él, se llama Gustavo".

"Ah, mira" le respondí sin mucho interés, "Pues no está tan mal". Y de verdad no lo estaba.

Capítulo 2

Al cabo de dos semanas, mi hermana volvió a sacar el tema. "Oye. Dice Gustavo que quiere invitarte a salir" me dijo intentando persuadirme. "¿Salir?" le pregunté, "Dile que soy madre soltera y ya se imaginará cuánto tiempo tengo para salir". Ella me ofreció cuidar a María el viernes suplicándome mil veces que aceptara y las mil veces le dije que no. Pero cuando escuchó que su tía Luisa se la quería llevar a su casa, donde podría jugar con sus primas, sus ojitos le brillaron y a ellos no pude decirles que no.

Así pues, la semana se fue como hilo de media y llegó el viernes, amenazante. Le repetí hasta el cansancio que recordara tomar sus medicinas y que respetara su hora de dormir, le eché la bendición como seis veces y la vi subirse al coche de mi hermana, desde donde me dijo adiós agitando su manita tras la ventana. Sentí una punzada en el corazón al verlas marcharse y entré a mi casa, que se sentía más solitaria que nunca.

Luego de vestirme agarré el celular y le escribí a Gustavo. "Nos vemos en el café"

Capítulo 3

Allí estaba, donde juré que jamás volvería a estar. Resultó que Gustavo realmente estaba muy bien. Para empezar no insistió en pasar a recogerme a mi casa, cosa que siempre detesté en las primeras citas pues la privacidad de mi hogar es algo que nunca me gustó compartir con desconocidos, aún si sólo ven la puerta.

Cuando llegué al café lo vi sentado en una de las mesitas al aire libre, con espuma de capuchino sobre el labio. Me reí sin darme cuenta. Al momento de verme, el trago que tenía en la boca se le fue a la garganta sin darle aviso y comenzó a toser, mientras se limpiaba los labios. Yo sonreí un poquito y le extendí la mano. Su piel era callosa, pero suave en las comisuras de los dedos; su agarre era firme. "No sabes qué gusto me da que vinieras" me dijo evidentemente nervioso.

Me invitó a sentarme y me contó su vida, y para mientras, me pedí un café negro. Gustavo parecía un buen hombre, pero era viudo y si lo pezcabas distraído lucía triste. Su esposa Margarita había muerto concediéndole únicamente un año de casados, que fue muy poco y a la vez suficiente. Un buen año, por lo que pude escuchar. No tuvieron hijos, pero lo habían anhelado.

Me contó también que era ginecólogo, porque su padre así lo había sido, y que con el tiempo le tomó costumbre a la profesión. En casa tenía un perro llamado Mofles; era de un mecánico que felleció y por no ser de raza lo querían sacrificar. Me pareció muy noble que él le hubiera dado un techo donde vivir, comida y, por cómo habla de él, asumo que también amor.

Me gustó que no se soltó a hablar de sí mismo sin detenerse, sino que ocasionalmente me hacía preguntas. Yo le conté de Mari porque ella es mi vida entera. Y cuando me preguntó por su papá le contesté que yo también quisiera saber de él. Gustavo fue comprensivo y no volvió a mirar debajo de esa piedra. Me siguió preguntando sobre Mari y yo noté en sus ojos que de verdad se le hacía interesante lo que le decía; debió ser tal vez por que él vio en los míos lo mucho que la quiero. Y así la tarde se nos fue, hasta que chismearon con nosotros las estrellas.

Capítulo 4

Me dolía el orgullo, pero Gustavo y yo nos mensajeábamos todos los días y ya todos podían notar que habíamos congeniado bien. "¡Te lo dije!" me canturreó Luisa. Obviamente no nos escribíamos mucho, él por su trabajo y yo por Mari; pero cuando teníamos la oportunidad nos mandábamos uno que otro saludo. A veces por las noches me llamaba, y a veces yo lo llamaba a él. Un día me preguntó decidido "¿Qué vas a hacer el sábado, Nora?", pues yo le había confesado una noche que mi nombre no me gustaba porque se me hacía muy largo y él me lo cambió, y yo le dije que todavía no sabía si tendría que hacer algo. "Espero que no te moleste, pero le compré un regalo a Mari" me dijo. Yo lo repetí en mi cabeza y me dije que ya se había ido todo a la chingada, pero entonces agregó "Te pregunto para ver si podemos vernos y te lo doy para que se lo des". Me sentí aliviada y le dije que sí. No quería conocer a mi hija, no aún, y eso estaba muy bien.

Esa vez fue Rosita quien se ofreció a cuidar a Mari para que pudiera ir a ver a Gustavo. "Tu mami va a hacer un mandadito" le dijo luego de que yo me despidiera. Ella me dio un beso en la mejilla y aprovechó para susurrarme al oído "Me traes un dulcesito". Le dije que sí y me marché.

Cuando llegué a donde habíamos quedado de vernos, me arrepentí de no haberme recogido el pelo porque el calor me estaba matando. Y cuando lo vi llegar con dos vasos de un litro de agua fresca me aguanté las ganas de gritar de felicidad. "Vamos a la sombrita" me invitó. Yo le dije que sí y nos fuimos a sentar al quiosco. De una bolsa sacó una muñeca que me robó el aliento, pues era la misma que una semana antes Mari había visto en una tienda y, aunque no me quiso decir nada, yo le vi en su carita que la quería. "No supe que fue, pero algo me hizo comprarla" me dijo cuando me la dio. Yo le di las gracias más de cuatro veces y le pedí que me acompañara a comprarle su dulce a Mari.

Capítulo 5

Pasaron dos meses antes de que decidiera que era buen momento para que Gustavo y María se conocieran. Me la pasé como tres semanas preparando el terreno, hablandole poco a poquito de él. Al final ella ya estaba emocionadísima por ver quién le había comprado la muñeca.

Cuando llegó de la escuela, se fue corriendo a su cuarto dejándome con su mochilita en la mano y se puso su vestido favorito, el de mariposas amarillas. Yo puse su mochila en su cama y me fui para la cocina, a hacer la comida. Apenas era la una y media de la tarde cuando sonó el timbre, y me entró el pánico cuando me fije por la ventana para ver quién era y encontré a Gustavo. "¡Te dije que a las dos y media!" le susurré abriendo cinco centímetros la puerta. "Hasta crees que te voy a dejar que cocines tú solita para venir nada más a comer" me respondió asomándose por la rendija. Yo sentí un calorcito en el corazón y le agradecí, pero también le alegué que Mari no estaba lista.

Y vaya que me contradijo la niña, pues se me escurrió entre las piernas y abrió de lleno la puerta. Lo miró con ojos bien grandotes y una sonrisa se le dibujó en la cara. "¡Hola, Gustavo!" lo saludó con ansias. Detrás de la espalda llevaba la muñeca, se la enseñó y comenzó a contarle todos los juegos que había hecho con ella. "¡Guau!" exclamó él, siguiéndole la corriente y haciéndole preguntas. Los miré sonriendo y lo dejé pasar; todo estaba yendo bien.

Capítulo 6

Las semanas volaban y yo estaba enamorándome de Gustavo. Bendita sea la impertinencia de Luisa que me llevó a él. Nunca le pregunté qué fue lo que la llevó a proponerme con tanta insistencia que nos conociéramos, pero sin duda le estaba agradecida. Ella tenía buen ojo para los hombres, lo supe desde que llegó a casa a los diecisiete años tomada del brazo de Pablo y no se rindió hasta convencer a nuestros padres de que era un buen muchacho, consiguiendo incluso romper la regla de oro de la casa: Las niñas no tendrán novio hasta los dieciocho. Años después se casó con él.

Demetrio era un mal hombre. Lo supieron todos también desde el principio, y por más que me advirtieron yo no quise escuchar. Años después pagué el precio, pero mi Mari lo compensa todo.

Y por primera vez en mucho tiempo, yo era feliz. Ahora que mi hermana y Rosita podían ver que todo en mi vida marchaba de maravilla, se entrometían menos en ella y la libertad tenía un sabor dulzón. Me gustaba caminar tomada de la mano con Gustavo, porque me hacía olvidar las arrugas que marcaban mi rostro y me hacía sentir de nuevo joven y enamorada. Me gustaban sus besos, que siempre se sentían como si él temiera que nunca volvería besarme y por ello le ponía un pedacito de su alma a cada uno. Seguramente porque Margarita se murió de golpe y él no pudo darle un último beso. Me gustaba la manera tan bonita en que trataba a mi Mari, y me gustaba cómo me trataba a mí. Me gustaba él.

Capítulo 7

Llegó el cumpleaños de Mari y la niña demandó que quería un pastel hecho en casa, así que nosotros revolvimos la cocina de arriba a abajo y nos llenamos de harina. Alguna vez llegué a preparar un pastel instantáneo, de esos que vienen en cajitas muy monas; pero mi Mari dijo no. Ella quería un pastel hecho desde cero y, luego de un arduo trabajo, lo conseguimos. Más o menos.

Lo pusimos sobre la mesa: De chocolate y chato, pues no esponjó. "¡No, deja ahí!" le grité demasiado tarde a Gustavo, cuando abrió el horno para ver qué tal iba. Pero a Mari no le importó. Lo admiró maravillada y cuando sus amigas llegaron a la casa se encargó de decirle con orgullo a cada una de ellas que sus papis habían hecho el pastel ellos solitos. Sus papis. Le rogué al cielo que Gustavo no saliera corriendo al escucharla, pero afortunadamente sonrió.

Le habíamos comprado el hornito que tanto quería, para que ya no tuviera que meter sus pastelitos de tierra a una cajita de zapatos vieja y, en cambio, pudiera hacer postres comestibles. En mi mente le deseé mucha suerte cuando abrió el regalo, pues me había pasado toda la tarde luchando con mi propio horno.

Esa noche Gustavo me hizo la propuesta de salir de viaje juntos. "Vámonos los tres. Tú, Mari y yo. Estos días van a ser muy ocupados, pero deja que llegue el miércoles y lo planeamos todo, ¿sí?" me dijo muy emocionado. A mí me encantó la idea, así que respondí que sí.

Capítulo 8

Pasaron dos días y no escuché palabra de Gustavo, pero él me lo había advertido, así que no me lo tomé a pecho. Dedicué mi tarde a preparar galletas con María y de paso se nos unieron mi hermana Luisa y Rosita. Sin duda fue mucho más sencillo llenar los pequeños moldecitos que venían con el hornito, que hornear el pastel de Mari.

Ocasionalmente miraba la pantalla de mi celular para asegurarme de que Gustavo no hubiera llamado sin que yo me diera cuenta, hasta que Rosita me pilló y tuve que dejarlo a un lado para evitar que me hiciera preguntas. Ayudamos a Mari a guardar sus galletas en bolsitas de celofán para que pudiera repartirlas al día siguiente entre sus amigas y cerramos el día viendo una película juntas.

Cuando me fui a la cama, decidí echarle un último vistazo al celular. Nada. Mi lastimado corazón me siseó al oído y me sugirió que a lo mejor se había espantado cuando Mari lo llamó papá, que tal vez estaría poniendo distancia entre nosotros. Yo le dije a mi corazón que se callara la boca y me dormí.

Capítulo 9

Cuando llegó el miércoles y yo seguí sin recibir mensajes ni llamadas, me pregunté a mí misma si ya podía empezar a preocuparme y no supe qué responder. Luego de meditarlo un rato decidí llamarlo yo misma y me sentí emocionada con la idea de escuchar su voz; pero la voz que escuché fue bastante menos agradable. "Buzón de voz" me dijo al otro lado de la línea, "su llamada se cobrará al t..." y colgué.

No fue sino hasta el jueves que me dije "Sí, ya puedes preocuparte, Eleonora". Aproveché las horas en las que Mari estaría en la escuela para darme una vuelta por la casa de Gustavo y cuando llegué encontré su coche estacionado en la entrada y Mofles me ladró desde el interior de la casa a través de la ventana. El corazón se me apachurró un poquito y me quedé parada a media calle sin saber qué hacer.

Para empezar corrí a esconderme, porque qué vergüenza que me viera afuera si estaba evitándome a propósito. ¿Estaba evitándome a propósito? Todo parecía indicar que sí. Su turno siempre comenzaba después del mediodía y si su coche estaba ahí, probablemente él también lo estaría. Me sentí como una tonta y volví a casa.

Capítulo 10

El viernes decidí que sería mejor tratar de dejar de pensar en él. Me ocupé de mis asuntos y le inventé varios cuentos a Mari cuando me preguntó por Gustavo. Si no le daba importancia no dolía tanto, pero era más fácil aguantar el dolor que fingir que no me importaba.

El sábado recibí una llamada, pero no fue de Gustavo si no de un hombre llamado Rogelio. "¿Quién habla?" pregunté a la defensiva después de ver el número desconocido en la pantalla, pensando que tal vez sería del banco, que un par de meses atrás había intentado seducirme para adquirir una tarjeta de crédito.

"Buenas tardes, señora. Me llamo Rogelio Macías" Me saludó.

"¿En qué le puedo ayudar?" le respondí yo.

"¿Usted es Eleonora Méndez?"

"La misma".

Tuve que viajar a la Ciudad de México. Mari se quedó en casa de Luisa. Me sentí culpable durante las cinco largas horas de viaje y me concentré en mirar los cambios del paisaje a través de la ventana del autobús. Cuando llegamos a la terminal me apresuré a conseguir un taxi y cuando el chofer me preguntó para dónde, le entregué temblorosa el papel que tenía escrita la dirección.

Lamentablemente, llegué muy tarde. Aún no soy capaz, no encuentro la manera de poner en palabras la desdicha que sentí en mí. Rogelio me recibió llorando y me abrazó. "Ya se nos fue, Norita" me sollozó al oído. Yo me solté a llorar con él y el mundo desapareció.

Me tomó cerca de media hora animarme a entrar a la habitación del hospital donde se encontraba Gustavo. Parecía que estaba dormido. Me acerqué a tomar su mano y su piel helada me tomó por sorpresa. Lloré sobre su regazo y me lamenté por haber pensado mal de él. Le pedí perdón mil veces por eso y otras mil por no haber llegado a tiempo. Me despedí de él y le besé la frente, como él solía hacer conmigo y con Mari.

Se había ido a una convención de medicina, que duraría hasta el día miércoles, pero nunca llegó. Saliendo de la TAPO lo asaltaron, le quitaron su reloj, su celular y su cartera; pero robarle no les bastó, así que lo golpearon hasta cansarse. Estuvo inconsciente cinco días, imposible de identificar. Un desconocido sin significado alguno, en la cama de un hospital. Cuando abrió los ojos le preguntaron su nombre y respondió "Gustavo Macías", le preguntaron por un familiar y dio los datos de su hermano, Rogelio.

Cuando llegó Rogelio, lo primero que hizo fue contarle sobre mí. Llevaban dos años sin hablarse por un problema que perdió toda importancia en cuanto vio a su hermano agonizante. Le contó que me amaba y le contó sobre Mari, le dio mi número de teléfono y le suplicó que me contactara. "Dile que no me he olvidado de ella. Dile que estoy aquí y que por eso no he llamado... Dile que nos vamos a ir de viaje" fueron sus últimas palabras antes de volver a colapsar. Le tomó algunas horas más fallecer.

Este era el indicado. Lo podía sentir en mis entrañas. Y el destino me lo arrebató. Tal vez simplemente no le atinamos bien a coincidir, una asincronía de nuestras almas. Pero ya nos habremos de encontrar en otra vida.